

Jesús Serna Quijada

Velódromo

—selección—

Líber

Ermita Santo Sepulcro. El chocolate lo sirven en vasos de plástico. No todos toman, porque hace calor. Tampoco todos se divierten. Tú miras la exposición de mandalas que decora las paredes. Los han coloreado unos niños del barrio en un taller de teatro y pintura. Suena Camela y bailas. Mueves los hombros, más bien. Alguien te saluda, Líber, y tú sonríes. No te quedan dientes en la boca. Pálida, tímida. Te recuerdo dibujando rayuelas y subiendo hasta el cielo. Te recuerdo en los tubos del parque esnifando pegamento. Libertad, como la estatua. Te acercas al puesto de ayuda inmediata y te pruebas unos zapatos. Unas adolescentes improvisan una coreografía. Las miras bailar. Les sugieres unos pasos. Y luego pides un vasito de chocolate. Tus ojos siguen siendo hermosos, te digo, y me miras. Mascullas algo que no logro entender, me muestras tus manos hinchadas. Y caminas por la sala un rato más. Te quedan restos de chocolate en el mentón y algo de aliento entre las costillas.

Cerezo, roble, nogal y caoba

El olor a serrín me regresa a la infancia, a la serrería de padre que tú no llegaste a conocer. Recuerdo las ratas royendo los sacos de viruta y astillas. Recuerdo a madre guisando en el patio, desollando conejos. Por qué lloras, mamá. Todavía no dormías en su vientre. También recuerdo a padre fabricando juguetes con alambre y maderos. La bola del mundo colgaba de una viga en el cielo del taller. Hermano, hermano, entonces la vida era otra cosa: cerezo, roble, nogal y caoba. Yo tenía un microscopio y me asomaba a su ojo para perderme en las geografías precisas de los insectos. Junto al banco de trabajo descansaban la tele y una mecedora. Recuerdo el olor a madera húmeda las tardes de lluvia. Y el fuego abrasando la serrería tres días antes de tu nacimiento.

Un candil para Chomón

Sec. 29. Plaza del Carmen. Ext. Noche. La luz del proyector arroja a Keaton sobre la sábana de cal de una casa baja. Mendoza entera, doscientas, trescientas personas miran cómo centellean las imágenes que susurra la caja prestidigitadora. Parpadeo de abanicos. Limonada, sandía y Charlot friendo un huevo de avestruz. Los ojos encandilados de las adolescentes. Todos sus sueños en una tira de celuloide. Pasodoble improvisado, foxtrot y Lloyd en el baño vestido de marinero. Alguien sonríe y aplaude desde una ventana. Dan las once. De repente, la luz del proyector se vuelve arcoíris y un velo de niebla cubre la plaza. Un dragón de agua y diamante cruza el cielo de Mendoza y fugaz se desvanece.